

Mensajero del Archivo Histórico

Juan Agustín de Espinoza, SJ
de la



Vicerrectoría Académica

Torreón, México. 28-II-2006

Buzón electrónico: sergio.corona@lag.uia.mx

Página web del Archivo: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>

Mensajero. UNESCO: Internet resources, publications, periodicals

http://www.unesco.org/webworld/portal_archives/pages/Internet_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml

Ediciones anteriores del Mensajero:

<http://www.lag.uia.mx/publicaciones/mensajero/catalogo-mensajero.htm>

Mtro. Quintín Balderrama López, sj. Rector
Mtro. Felipe Espinosa Torres, sj. Vicerrector Académico
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinador del Archivo Histórico

Número 87 ÍNDICE

	página
Otra vez el genocidio	2
El Mostrador. Admirable Lembel	6
Libros del Archivo Histórico	10

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Como Cronista de Torreón, en <http://www.torreon.gob.mx/imdt/index.php>

Comité editorial del "Mensajero": Lic. Marco Antonio Morán Ramos. Mtro. Edgar Salinas Uribe. Mtro. Jaime Eduardo Muñoz Vargas. Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

Colaborador Honorario en Madrid: Brigada retirado José María Ruiz Ruiz

OTRA VEZ EL GENOCIDIO

Dr. Sergio Antonio Corona Páez

En agosto del 2003, en el número 40 de la revista Vínculos yo escribía:¹

“¿Por qué los chinos pudieron ser masacrados salvaje e impunemente a la vista de los torreonenses? Los chinos constituían una parte importante de la economía torreonense a finales del Porfiriato. Se trataba de gente trabajadora que cultivaba hortalizas para su venta en el ámbito urbano. Gente que se ganaba la vida de manera honrada. Muchos habían llegado desde los Estados Unidos, otros habían llegado directamente desde Asia. Se habían agrupado con sus compatriotas como lo hicieron los españoles en La Laguna. Llegaron a manejar su propio banco. Eran un sector importante de nuestra comunidad. ¿Porqué entonces los demás torreonenses no hicieron nada por detener a los asesinos de la revolución?, ¿porqué permitieron estos nobles torreonenses que unos matones que se cobijaban bajo el maderismo para realizar sus tropelías hicieran lo que hicieron? ¿No se podía haber negociado un rescate como se hizo con muchos españoles de la región?

Al parecer, los torreonenses no tenían interés en detener la matanza de los chinos escudándose en la simple razón de que éstos no eran católicos. Si así fue, Torreón se ha ganado el triste honor de ser contada entre las ciudades más intolerantes, racistas y genocidas del mundo. ¿No implica enorme complicidad contemplar con morbosa expectación el espectáculo de cientos de aterrorizados chinos arrastrados tres pisos hacia las azoteas sólo para ser suspendidos cabeza abajo en el vacío —para incrementar su terror— y luego soltarlos y ver cómo les estallaba y se les vaciaba el cráneo? Ver cómo los niños chinos eran tomados de los pies para ser estrellados contra paredes y arbotantes² ¿no movió a compasión

¹ Publicación mensual de la Universidad Iberoamericana Torreón, en soporte de papel. Su ámbito de difusión es la Comarca Lagunera, particularmente maestros y alumnos de la universidad, así como padres de familia.

² De las formas que tomó la matanza, hay descripciones escalofriantes en el famoso libro de Juan Puig y en otras fuentes de archivo. Puig, Juan. *Entre el río Perla y el Naza: la China decimonónica y sus*

los corazones torreonenses? Al parecer no. Muchos torreonenses se dedicaron a saquear las propiedades y pertenencias de los masacrados.³

Ni Torreón ni México indemnizó a las familias de los muertos. Nunca he visto que las autoridades locales, civiles ni eclesiásticas, hayan condenado la actitud complaciente con que los torreonenses sancionaron aquella matanza. Nunca he visto que se construya un monumento a la memoria de los caídos. Necesitamos aceptar el hecho de que los alegres torreonenses de principios de siglo fueron cómplices silenciosos de un detestable crimen. Necesitamos un monumento que nos recuerde que a la vista de un genocidio, el que otorga al callar es también culpable y criminal”.

Esta inquietud la presenté al Lic. Elías Agüero, entonces Director del Instituto Municipal de Documentación de Torreón. Por su mediación y la de la Lic. Idoya Leal (Obras Públicas) se forjó una placa alusiva al infausto suceso. No obstante lo anterior, creo que no se ha comprendido bien lo que entonces yo intentaba hacer comprender al ayuntamiento de Torreón y a las autoridades religiosas de la diócesis.

La matanza de los chinos en 1911 no fue un evento aislado ni tan fortuito como algunos historiadores de las fuentes orales gustan de hacer creer. No solo en Torreón, sino en México entero existía un clima adverso a la presencia de los chinos. Si como proponen Ludwig Wittengstein y J. L. Austin, el ser humano solo comprende cuando interpreta un enunciado en determinado contexto, entonces debemos situar esta persecución desalmada en el contexto de la época.

Puesto que Torreón era una población de migrantes, tendremos que revisar, antes que nada, las condiciones de la migración que promovió Porfirio Díaz. Es decir, si tenía o no en mente a los chinos. Y cuando estos llegaron, cómo el régimen y la población valoraron su presencia.

En el caso de los chinos de Torreón, Castañón Cuadros ha mostrado con toda claridad⁴ que constituyeron una comunidad benéfica para el crecimiento y bienestar de la ciudad. No obstante, sus miembros no eran queridos ni valorados positivamente. Se pueden plantear diversas hipótesis que expliquen porqué sucedía esto; ¿su prosperidad

braceros emigrantes, la colonia china de Torreón y la matanza de 1911. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 1993.

³ La fotografía muestra el saqueo de una lavandería china en Torreón. En el Archivo Histórico JAE se conserva una copia.

⁴ Castañón Cuadros, Carlos. *Las dos Repúblicas.* Torreón.

era envidiable? ¿la falta de apoyo del régimen minó sus garantías ante la ciudadanía? ¿Fueron esta y otras matanzas similares el equivalente mexicano y antichino de los “pogroms” rusos?

El caso es que las actitudes xenófobas antichinas estaban muy extendidas en México (admirable, siendo que los mexicanos suelen padecer, dado el caso, de xenofilia).

Y como simple muestra, transcribimos el comentario que *El Ahuizote* del sábado 17 de junio de 1911,⁵ apenas a un mes y dos días de la famosa matanza:

“Alza de los chinos en el mercado. En los ya lejanos tiempos en que la plata corría a la par y vivía don Sebastián Lerdo de Tejada y don Benito Juárez y otros hombres de ese tamaño, solían las chicas románticas coleccionar sellos de correo “para rescatar chinos”. Parece que con un medio almud de esos papelitos sin valor se podía “comprar un chinito”. Los tiempos han cambiado. Ahora un chino residente en México vale alrededor de cien mil pesos, si bien que el mismo chino, si se mueve unos veinte grados geográficos al Norte, baja súbitamente de valor hasta ser comparable con una rata y tratado como tal, tanto por ser equivalente a dicho roedor como vehículo de la peste bubónica como por muchas otras circunstancias. La China no sigue en la cotización de sus súbditos ley económica alguna: si aplicásemos la ley de la oferta y la demanda, teniendo en cuenta los millones de chinos sobrantes en el Celeste Imperio y en otras partes, en vez de cobramos a cien mil pesos por chino, debieran pagarnos algo por su destrucción, pero haciendo grandes concesiones a los sentimientos humanitarios de los celestiales, accederíamos a pagar a razón de cien mil chinos por un peso, no cien mil pesos por un chino. Sobre todo, ¿gritaron o no gritaron los chinos de Torreón “Viva Malelo?”

Es más que evidente la terrible antipatía que los chinos le merecían al columnista. No podemos encontrar justificación para la existencia de tales prejuicios, ni mucho menos, para llevar a cabo un crimen tan nefando como el de los chinos de Torreón. Pero insisto, lo que el autor de “Testerazos” del Ahuizote sentía era algo compartido por la población. Los sucesos de 1911 no fueron hechos aislados. Años

⁵ *El Ahuizote. Semanario político de caricaturas.* Año 1. Num. 4. Sábado 17 de junio de 1911. Columna “Testerazos”, p. 11. Copia en el Archivo Histórico de la Universidad Iberoamericana Torreón.

después de los incidentes, los miembros de esta etnia seguían viviendo bajo amenaza. Los chinos torreonenses trataron de proteger su integridad fundando un club en 1918.⁶ El 26 de junio de 1924 los chinos manifestaron al cabildo de Torreón, a través de varios oficios, sus temores, angustias y dudas.⁷ El 18 de diciembre de ese mismo año de 1924, la Unión Fraternal China pedía al cabildo permiso para que sus miembros portaran armas.⁸ El 30 de julio de 1925 el Comité Antichino de Torreón pidió al cabildo su reconocimiento legal y envió los puntos resolutivos de la convención de sus miembros.⁹ Se presentaron denuncias de “bienes baldíos” para apoderarse de los inmuebles chinos.



Carro alegórico de la colonia china de Torreón. Fototeca del IMDT.
Serie William S. Sorke.

Precisamente porque nuestros abuelos fueron genocidas negados; porque los torreonenses preferimos la historia mítica a la historia documental (somos mitómanos irredentos y faltos de humildad) y porque desdeñamos y negamos el derecho a ser de la alteridad que nos disgusta, por eso precisamente se requiere de la existencia de un monumento que nos saque de nuestra inconsciencia aletargada y nos cruce la cara con el bofetón de la culpa. Este monumento no es tanto para los muertos cuanto para los vivos, para que los nuevos torreonenses entiendan que solo la unión hace la fuerza, y que

⁶ Solicitud del señor Francisco Chin al cabildo, 1 de enero de 1918. Acta de Cabildo de Torreón de la misma fecha. 55 v – 55f.

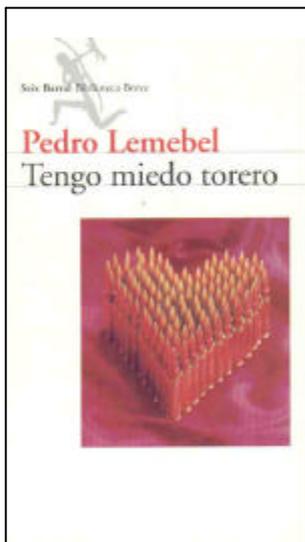
⁷ Actas de Cabildo. Torreón. Acta del 26 de junio de 1924. Fojas 53v – 59 f.

⁸ *Ibid.* Acta del 18 de diciembre de 1924. Fojas 4f – 7v.

⁹ *Ibid.* Acta del 30 de julio de 1925. Fojas 74f – 77v.

ninguna minoría comarcana merece el exterminio, sea del signo que sea o lleve el nombre que lleve. Se requiere un monumento al compromiso y a la solidaridad de todos los torreonenses, para siempre.

EL MOSTRADOR



ADMIRABLE LEMEBEL

JAIME MUÑOZ VARGAS

Nada, ningún libro de Pedro Lemebel puede ser hallado en La Laguna. Tuve que esperar un año para que algún amigo cercano viajara a Chile y me trajera un libro más de aquel autor insólito en las letras latinoamericanas. El amigo cercano fue mi alumno Diego Iván Pérez, quien a finales de noviembre estuvo en Santiago y allí detectó el encargo que le hice: *Tengo miedo torero*, la primera novela del cronista Lemebel.

Supe de este autor gracias a Juan Pablo Neyret, quien no sólo me lo mencionó insistentes veces en nuestras conversaciones argentinas, sino que una y otra vez dejaba caer el apellido “Lemebel” en nuestra charla emílica. Tanta y tan profunda es la admiración de Neyret por el chileno que hasta a propuesta mía le publicamos un ensayo sobre el tema en *Acequias*, revista de la UIA Laguna. Neyret, lo cito abreviadamente, dice allí de este escritor gay que es “uno de los mejores prosistas contemporáneos de la lengua castellana. Lengua que él le saca al idioma, lengua que retuerce y que menea obsceno desde su condición de roto, marica, izquierdista, antipinochetista...”. Todo eso, las charlas y el ensayo, me obligaron a encender la linterna para buscar lo que fuera de

Lemebel. En mayo encontré *Loco afán. Crónicas de sidario*, volumen publicado por Anagrama. No pensaba que los elogios fueran para tanto, pero mi primera reacción resultó similar a la que puede tener un adolescente cuando le compran la motocicleta de sus sueños: me invadió la alegría de recorrer las pistas de la literatura en un par de llantas nuevas, en una prosa que fluía barroca, desenfadada y al alimón comprometida, hiriente y tierna a la vez, cínica y grave en todo renglón. Entendí así, de golpe, el merecido éxito de Lemebel, su gran cauda de lectores, el nervio electrificante de su palabra.

Cierto: leí sus crónicas y me dejaron hundido en la fascinación, pero yo esperaba la novela. Así, varios meses luego, *Tengo miedo torero* me cayó en las palmas y la insumí de tres fumadas, casi ajeno al respiro y al alimento. ¿Y qué hechiza de Lemebel en *Tengo miedo torero*? La respuesta es tan simple como vaga: todo, hasta sus muy humanas imperfecciones. El chileno encontró en este relato el tono perfecto para narrar la emotiva historia de la Loca del Frente, un marica que, como dice la contratapa, “sin saber sabiendo” ayuda en 1986 a una escuadra de guerrilleros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Fue tal el impacto que me causó el ingreso al libro que durante las primeras cuarenta páginas no reparé en tomar una sola nota ni en hacer un solo subrayado. Nada. La narración se dejó venir como avalancha hacia mis ojos y entré en la vida de esa loca con una facilidad sólo comparable a la del polluelo que ingresa feliz a la jaula donde ve arrocitos.

Básicamente, la novela de Lemebel presenta cuatro personajes: la Loca del Frente, Carlos —el joven universitario que milita con ese seudónimo en el FPMR—, el tirano chileno por antonomasia y su incallable y estólida esposa. Con esos protagonistas, y con el Chile de la monstruosidad pinochetista, el autor de *Tengo miedo torero* arma un fresco que va más allá, infinitamente más allá, de la mera anécdota: el país narrado es un país preso por el dolor que le inflige diariamente, desde el 11 de septiembre de 1973, esa bestia irrefrenable apellidada Pinochet Ugarte. A través de la loca enamorada de un Carlos frentista que sólo le corresponde con miraditas y fugaces abrazos, entramos en la preparación del atentado que en septiembre del 86 organizó el FPMR contra el déspota. El resultado ya lo sabemos: Pinochet salvó el pellejo pero en el mundo, y sobre todo en Chile, quedó la marca del odio que la libertad y la justicia le profesaban, le profesan, a ese extraordinario criminal, a ese *record man* de la muerte.

No era para menos. Desde el golpe contra Allende el tirano y sus secuaces inundaron de cadáveres el suelo chileno e incluso cometieron atrocidades fuera del país,

como el asesinato, perpetrado hacia 1976, de Orlando Letelier en Washington. Chile fue durante esos años de tiniebla un gran campo de concentración, un imperio de pánico que tuvo su mayor emblema en la horrendamente célebre Villa Grimaldi, fábrica de tortura que las 24 del día no dejaba de producir brutalidad. Allí, los esbirros del gorila aplicaban toda suerte de vejámenes: abusos sexuales, amedrentamiento a familiares, apaleos, aplicación de alcohol y corrientes eléctricas a las heridas producidas por la tortura, aplicación de electricidad con picana en diversas partes del cuerpo, arrancamiento de uñas, cejas, pelo y otras partes del cuerpo, arrojamiento de excrementos e inmundicias y un etcétera aterrador y kilométrico.

En ese régimen vive la Loca del Frente, quien sin hacer preguntas asila en su pintoresco hogar a los jóvenes del FPMR para que allí, en voz baja durante toda la novela, organicen el ataque contra el generalote. Mientras eso ocurre, el marica sigue ensimismado en su mundo de boleros radiofónicos (muchos de ellos mexicanos, por cierto), en sus bordados de sábanas para vender, en su enamoramiento platónico de Carlos. La historia no se derrumba en el chantaje de crear una heroicidad apócrifa para la Loca. Su heroicidad radica precisamente en no ser heroica, en ser una mariposa ordinaria y enamorada, sin estudios ni deseos de luchar más allá de lo que garantice su supervivencia. He ahí parte de la genialidad en este relato: si un ser convencional, adrede marcado por un pasado cuasilumpen, cursi y apolítico es capaz de sentir rabia ante la barbarie de los milicos, en qué condiciones podemos imaginar que estaba Chile. La Loca entonces es solidaria aunque no lo apetezca, es sensible ante el horror padecido por su pueblo y jamás usa su condición de gay para decirnos que “hasta él” es capaz de aborrecer al régimen, lo que le da a *Tengo miedo torero* un aroma profundo de autenticidad.

Aunque a veces no se note, el aire irrespirable e invasivo del ultraje cubre todos los espacios de la novela. Esa opresión es contada por medio de una prosa que al mismo tiempo nos hechiza y nos golpea con su candente novedad. Cuando parece que el español ha dado todo su jugo a punta de exprimidas y exprimidas, Lemebel le extrae resonancias inéditas, ritmos que son como piruetas barrocas inencontrables en otras páginas. Hay en Lemebel, como escribió el también chileno Bolaño sobre Horacio Castellanos Moya, una “voluntad de estilo” insólita, o una preocupación por crear un extraño y deslumbrante “sistema de metáforas”, como dijo Paz sobre Lezama.

Neyret apunta con tino que el de Lemebel “Es un barroco de acá, del Sur, barroco de barro arrastrado por el río Mapocho. Se trata, en principio, de la emergencia

(en el doble sentido del término) de la escritura homosexual, siempre bord(e)ando el kitsch pero, y eso es lo que lo diferencia de aquella oscilación entre el ‘talento’ y la ‘vulgaridad’, con conciencia del artificio. Lo que parece fluir como la conversación de una pajarraca parlanchina (para usar comparaciones lemebelianas) es en realidad un apretado trabajo de redacción y, más aún, de corrección, que no deja palabra ni puntuación libradas al azar. La alternancia entre el género femenino y masculino al momento de referirse a la Loca del Frente, la interminable cadena de sinónimos que se utilizan para nombrarla, dan cuenta de un estilo envidiablemente encabalgado entre la espontaneidad y la elaboración, ya conocido en las crónicas, pero al que quien lee debe habituarse a lo largo de páginas y páginas, y cuando se vence el recelo inicial —que lo hay—, la prosa se desliza, Cortázar *dixit*, ‘como un río de serpientes’’. Yo agregaría que en términos formales, y alguna vez trataré de comentarlo más a fondo, el adjetivo lemebeliano es la joya de su barroquismo.

Ahora que el genocida sigue en la tormenta de la expectativa para que pague con algo la prolongada noche de su crimen, haber leído *Tengo miedo torero* es uno de los ejercicios más estimulantes que pude tener en 2005. Es un orgullo haber convivido con estas páginas del admirable Lemebel.

Tengo miedo torero, Pedro Lemebel, Seix Barral, Santiago de Chile, 2004, 217 pp.

Ahora Ud. puede leer estas obras en nuestra biblioteca virtual:

<http://sitio.lag.uia.mx/publico/servicios/archivohistorico/archivo1/ArcHistorico/loborampante/loborampante.htm>

LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO JAE

1.- Una disputa vitivinícola en Parras (1679). Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

2.- Censo y estadística de Parras (1825). Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

3.- Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII Introducción y notas: Carlos Manuel Valdé Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

4.- Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII. Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

5.- Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819). Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

6.- Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale. Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

7.- Viñedos y vendimias de la Nueva Vizcaya. Los cosecheros privilegiados por la Corona Española en el siglo XVIII. Sergio Antonio Corona Páez \$ 35.00

Otros

La Comarca Lagunera, constructo cultural. Economía y fe en la configuración de una mentalidad multicientenaria. Sergio Antonio Corona Páez